

ZONA FOUCAULT
(El Afuera de Blanchot en el *Stalker* de Tarkovski.)

Carlos Segovia

Palabras clave: Foucault, Tarkovski, Blanchot, el Afuera, Stalker.

“Debe haber un secreto entre vosotros y yo”.
Andrei Tarkovski a sus actores.

STALKER PRIMERA PARTE



0:03:20 ¹

«¿Qué ocurrió entonces? ¿Cayó un meteorito? ¿Fue una visita de habitantes del infinito cósmico? Sea de una forma u otra, pero en nuestro pequeño país surgió el mayor de los milagros: la Zona. Nosotros enviamos enseguida tropas allí. No regresaron. Entonces, rodeamos la Zona con cordones policiales. Seguro que actuamos correctamente. Aunque, no sé... (Fragmento de la entrevista concedida por el premio Nobel, profesor Wolles).»

1 Tarkovski, Andrei (1979). *Stalker*. Mosfilm. Seguimos la edición en DVD de Artificial Eye. UK. (2002).

Por más que este texto aparezca en pantalla nada más comenzar el filme, *Stalker* no es una película de ciencia-ficción. El propio Tarkovski dejó este aspecto bien claro a los hermanos Strugatsky durante las revisiones de los diferentes guiones. Tampoco este texto es un análisis del filme de Tarkovski. Lo único que pretendemos aquí es conectar ese espacio incierto, la Zona, con el afuera de Foucault.

Esta será entonces nuestra cuestión: la Zona, el Afuera.

El filme de Tarkovski no va a ejemplificar lo que Foucault diga acerca del afuera, ni va a ser la imagen de una teoría o de un concepto. No vamos en busca de un sentido para este filme, no es nuestro propósito decir lo que *Stalker* significa, no estamos tan extraviados —todavía— como para marcarnos el objetivo de *descifrar* la obra de Tarkovski. No hay nada que descifrar. Por más que muchos críticos se empeñen en denominar su cine como simbólico, el mismo director se empeñaba en rehusar esa denominación. Si en todo caso —y con todas las reservas— se pudiese hablar de cine onírico, no se trataría ya de aplicar sobre éste una simbología o una artillería hermenéutica con la que descifrar las referencias a las que remiten los objetos, los paisajes, las personas que allí aparecen, como tampoco se trata —al menos desde Freud— de una simbólica de los sueños, sino de un análisis mucho más minucioso, que conecte incluso los elementos más nimios o a primera vista menos relevantes. Ni en el caso de los sueños ni en el caso del cine de Tarkovski se trata de un simbolismo bruto, donde, a modo de mero ejemplo, la guadaña remita a la muerte.

Conectando con Foucault, *Stalker* nos sirve como cuadro, como regulación de visibilidades, como líneas de luz, y nada más. Estamos del lado de una de las formas del saber, estamos del lado del ver, y como ha defendido Foucault, las visibilidades son heterogéneas, no se relacionan con enunciado alguno. Así, tenemos las imágenes de *Stalker*, sus líneas de luz, y solo eso. Habrá que tener en cuenta, entonces, que cualquier cosa que digamos acerca de *Stalker*, en ningún caso la reduce a lenguaje, en ningún caso lo que digamos *dice* a *Stalker*.

La otra forma del saber en Foucault, los enunciados que regulan las legibilidades y que, antes que frases o proposiciones, son curvas —habrá que detenerse algo más en estos aspectos a medida que caminemos hacia el afuera— que tampoco se remiten a los cuadros o a las visibilidades. Lo que se dice, el lenguaje, lo que hablan los personajes o la voz en *off* en el filme, o lo que podamos decir aquí, en ningún caso remite de forma directa a *Stalker*. Entre visibilidades y enunciados no hay correspondencia ni homogeneidad alguna. Hay solo sugerencia. Lo visible, lo enunciable, no cesan de entrar en contacto, no cesan de sugerirse,

aunque no exista entre una y otra forma de saber correspondencia ni forma común alguna. Hay, en todo caso, una presuposición recíproca.

No cabe, por tanto, esperar aquí que el texto interprete —ni mucho menos explique— el filme de Tarkovski, ni que las imágenes de *Stalker* ilustren la cuestión del afuera de Foucault, ni que las escenas aludidas sean un preludio a un desarrollo conceptual; como tampoco el desarrollo o el texto que sigue a la descripción de cada escena tiene el objetivo de determinar o fijar el cuadro o transformar la visibilidad en lenguaje —aunque sea verdad que también la descripción de las escenas es lenguaje—. Solo el filme o las fotografías sacadas del mismo pertenecen al régimen de la visibilidad.

No hay aquí una lógica en el sentido clásico. Hay —si acaso se le quiere seguir llamando así— una lógica dispersa, una lógica epidémica en el sentido de quebrar el archivo y cualquier afán clasificatorio. Ni el texto ni las imágenes piensan. No pueden librar de esa carga lector o al receptor.

De esa presentación de la Zona que habla de meteoritos y cuestiones intergalácticas, no nos interesan ni esos meteoritos ni los posibles seres llegados de otros planetas, no nos interesan aquí las palabras, sino el signo de interrogación, la duda. La Zona es un signo de interrogación. Aclarado lo anterior, partimos de aquí: lo que nos llama, es una interrogación.

0:05:00

Habitación del stalker ²: humedad y mugre. A lo lejos el sonido del tren que se acerca. Los vasos sobre la mesa comienzan a moverse. Todo tiembla. Todos duermen. Hasta que el tren pasa y abren los ojos —el stalker, la mujer, la niña—, lo cual, no implica que estén despiertos. El stalker se levanta y se viste, con sigilo, para no molestar —aunque intuimos que es él quien no desea ser molestado—. Cuando la mujer despierta entendemos el porqué de su sigilo. A ella no le hace ni un poco de gracia que su marido insista en ejercer de stalker. La verdad es que está más que harta. Le echa en cara que no tenga un trabajo normal, a lo que le sigue un ataque de histeria durante el que patatea tirada en el suelo. De nuevo el tren. ¿Otro?, ¿el mismo tren que regresa? El sonido del tren, los raíles, lo vagones, están omnipresentes en el filme.

Si el stalker es el guía para ir a la Zona, Deleuze será nuestro stalker para ir a la zona de Foucault. ³ Trazaremos un camino en diagonal con el camino de esos tres hombres que están a punto de partir hacia la Zona. Ambos caminos dibujarán su propia curva, y las curvas se cruzarán determinando algunos puntos en común, se cruzarán en algunas ocasiones mientras en otras caminarán en paralelo y en otras parecerán alejarse hasta perderse. Ya hemos advertido al lector: no se busque aquí, en este trayecto, un proceso metódico de proposiciones encadenadas o de tesis y contra tesis. Se trata más de una atención flotante. Como la del analista durante las sesiones con el analizado. Una atención flotante para que el receptor, el lector, no ponga por delante su propio objetivo, para que no vaya en busca de aquello que ya ha encontrado o que pretende encontrar a toda costa.

Ya hemos visto cómo Foucault define dos formas de saber, dos formas para las que, aunque se insinúen, no cabe buscar correspondencia ni forma común alguna. Es decir: las visibilidades no se dicen; los enunciados no se ven. Vamos a ahondar algo más en ellas.

Comenzaremos con la cuestión de los enunciados.

Foucault distingue los enunciados de las palabras, de las frases y de las

2 Podríamos traducir *stalker*, como propone Mengs (Obra citada en bibliografía) como “acechador” o “merodeador”, como “aquel que va en busca de algo”. Pero caben múltiples posibilidades, porque como se verá, no es tanto el Stalker el que hace camino, sino el camino que llama al Stalker, en este sentido podría entenderse como la figura de sujeto que con Foucault defenderemos, la figura de un sujeto sin sujeción, no atado, sino móvil, función de un emplazamiento siempre variable que abre el lenguaje.

3 Deleuze, Gilles (2007). *Foucault*. Traducción al español de J. Vázquez Pérez. Barcelona:Paidós.

proposiciones.

De un lado, remite proposición a la formalización del lenguaje. Por lo tanto, no obligada a distinguir lo posible de lo real. La tipología de las proposiciones remite a la abstracción. La proposición cuenta siempre con un referente o una intencionalidad que constituye su constante intrínseca, y con un estado de cosas que cumple o no, y que constituyen su constante extrínseca.

Del lado de las frases cae la cuestión de la interpretación. La frase siempre oculta algo, de algún modo vela su discurso, solo queda saturada por todo lo que no dice. La dialéctica de las frases remite a la contradicción.

Los enunciados, a diferencia de las frases y proposiciones, son esencialmente raros, inseparables de ese espacio de rareza en el que se distribuyen. En el ámbito de los enunciados, ni posibilidad ni virtualidad. Aquí todo es real, ya que solo cuenta lo que ha sido formulado, la realidad manifiesta. Enunciado como emisión de singularidades. No es tampoco pertinente aquí la oposición original-trivial. La descripción arqueológica de Foucault no establece ninguna jerarquía de valor entre la formulación inicial de un enunciado y su repetición, ya que, como veremos, lo propio del enunciado es poder ser repetido. El origen es algo que ni siquiera se plantea. Tampoco el enunciado remite a ningún *cogito* ni sujeto transcendental, a ningún Yo primero ni a Espíritu del Tiempo alguno. Para cada enunciado existen emplazamientos de sujeto, emplazamientos muy variables que diferentes individuos pueden ocupar en cada caso. El enunciado como cúmulo, como *stock*. El enunciado, más que a un referente, remite a un objeto discursivo; no a un estado de cosas al que hace referencia, sino a aquello que deriva del propio enunciado. Las funciones de sujeto, objeto y concepto se comprenden en sí mismas como derivadas. Un enunciado remite, entonces, a varias posiciones, a varios emplazamientos de sujeto que no por ello son figuras de un *cogito* o yo transcendental, sino modos de no-persona, de un “Él” o de un “se” que remiten a un “Él habla” como a un “se habla”. Lo que aquí nos interesa, sobre todo, es que el enunciado se define por una relación específica con otra cosa del mismo nivel —ya que respecto a los enunciados no se articula algo así como una jerarquización o estructura piramidal—, con otra cosa que a ese mismo nivel le concierne. Esa otra cosa, que puede ser otro enunciado, para Foucault es, en última instancia, un Afuera.

En lo relativo a esta distinción entre frases, proposiciones y enunciados, hay algo que no se debe perder de vista; el enunciado es previo a las frases o proposiciones que lo suponen de forma implícita. Los enunciados son creadores de palabras y de objetos. El enunciado no oculta su discurso, no se guarda un secreto acerca de aquello sobre lo que

habla, aunque esto no quiera decir que el enunciado sea inmediatamente visible. Del enunciado hay que extraer su significado. Esto es la *arqueología* que Foucault propone, no como recuperación de un pasado, de sus capas sedimentadas en el transcurso de un tiempo pretérito, sino de una arqueología del ahora. Arqueología como extracción de aquello que los enunciados ponen en juego; los enunciados, y no las frases o las proposiciones. No se trata ya de la disyuntiva entre comprender y explicar, ni de la antítesis entre formalización y hermenéutica.

0:12:26

El stalker camina hacia la taberna donde se ha citado con las dos personas que guiará a la Zona. Fuera de cámara se escucha a uno de ellos hablando con una mujer, el mismo que recibirá el nombre de Escritor. Se queja de lo aburrido del mundo, de un mundo donde imperan las leyes naturales, donde ningún misterio puede darse: «Querida mía, el mundo es demasiado aburrido. Por eso no hay telepatía, ni fantasmas, ni platillos voladores. Nada de eso puede existir. El mundo se rige por leyes rígidas como el hierro colado y eso es muy aburrido. Desgraciadamente, nadie viola esas leyes». El Escritor sigue hablando, y deja claro que no espera tampoco nada de la Zona. El Stalker le recrimina a su cliente que esté bebido.

Una vez que hemos establecido la diferencia entre enunciados, frases y proposiciones, y que hemos entendido que los primeros son anteriores, y que se precisa de eso que Foucault llama arqueología para extraer de ellos sus significados —ya que a pesar de que no ocultan nada tampoco por ello son inmediatamente visibles—, podemos concretar algo más sobre cómo funcionan.

Para Foucault, las comparaciones entre enunciados se dan en una diagonal móvil. No se trata de una jerarquización, sino de poder confrontar directamente un mismo conjunto a diferentes niveles, o elegir en un mismo nivel ciertos conjuntos sin tener en cuenta otros que forman parte de él.

En torno a un enunciado se dan tres círculos. Un primer círculo al que llama espacio colateral o adyacente, y que está formado por otros enunciados que forman parte del mismo grupo. Es importante aquí no entender la relación entre el enunciado y el espacio que ocupa, en un sentido dualista. No existe espacio homogéneo sin enunciados, así como tampoco existen enunciados sin localización. A diferencia de las frases o las proposiciones, los enunciados no se dejan reducir a axiomas ni dependen del contexto, no son laterales ni verticales, sino transversales. No estamos dentro de una lógica ni dentro de una hermenéutica estricta. Esto qué quiere decir: pues que sus reglas están en su mismo nivel, y es esto lo que forma un grupo o familia de enunciados; lo cual, remite a una familia dispersa y no homogénea. Cada enunciado es una multiplicidad, no un sistema o una estructura.

Al segundo círculo le llamaremos espacio correlativo. Aquí, el enunciado no se

relaciona con otros enunciados, como en el primer círculo, sino con sus sujetos, sus objetos, sus conceptos. Si la frase remite a un sujeto de enunciación, a un yo que la hace comenzar, el enunciado remite a un sujeto variable. Lo que se dice no es igual a lo que se enuncia. Un mismo enunciado puede tener, como ya se ha dicho, varios emplazamientos de sujeto.

El tercer círculo se denomina espacio complementario o de formaciones no discursivas. Aquí entran en juego las instituciones, las prácticas, los acontecimientos políticos y los procesos económicos. Si toda institución implica enunciados, también a la inversa, todo enunciado remite a una institución; pero al igual que dijimos acerca de la no homogeneidad entre lo enunciable y lo visible, tampoco entre enunciado e institución, entre formaciones discursivas y no discursivas, existe un paralelismo, sino una diagonal, que es lo propio de los enunciados; como también es lo propio de este texto trazar diagonales, y en ningún caso correspondencias entre el afuera de Foucault como texto y la Zona de Tarkovski como imagen.

Si el enunciado demanda un trabajo arqueológico de extracción, para la realización de este trabajo conviene tener en cuenta esos tres círculos que crean un espacio o una red de envíos y reenvíos alrededor del enunciado: los otros enunciados, las cosas de los enunciados, y las formas no discursivas. Estas relaciones discursivas con los medios no discursivos suponen el límite, el horizonte.

0:16:00

Interior de la taberna. Encuentro con el otro visitante, al que se le llama Profesor. Al Profesor tampoco le hace gracia que su compañero de viaje esté bebido. El Escritor no hace mucho caso a sus acompañantes, se encuentra embebedo en su diatriba contra el arte y contra la vida. Se plantea: «Si dentro de cien años no me van a leer, ¿para qué escribir entonces?». De nuevo el sonido del tren funciona para el stalker como un despertador. El stalker, antes de partir hacia la Zona, le deja al posadero un mensaje para su mujer en el caso de que no vuelva; un mensaje lacónico: le pide simplemente que vaya a verla. El stalker sospecha que para decir algo que en realidad importe, no hay palabra que valga.



Lo propio del enunciado es la repetición; sin que esta repetición implique, como hemos dicho, ninguna distinción entre original-trivial, ya que lo propio del enunciado es poder ser repetido. Las condiciones que Foucault propone para una repetición estricta —un mismo

espacio, una misma distribución de singularidades, un mismo orden de localizaciones y emplazamientos, una misma relación con el medio instituido y una materialidad que hace repetible el enunciado— se enfrentan de alguna manera a la cuestión del contexto —tan importante, por ejemplo, en la hermenéutica gadameriana—. Para Foucault, el contexto no explica nada, ya que no tiene la misma naturaleza según la formación discursiva o familia de enunciados considerados. “Se puede decir una frase o formular una proposición sin tener siempre el mismo emplazamiento en el enunciado correspondiente, sin reproducir las mismas singularidades” (Deleuze, 2004, p.37).⁴ Es decir, una frase, una proposición, aun siendo la misma —o la misma en apariencia—, puede no estar ocupando el mismo emplazamiento en el enunciado. O dicho de otra manera, el enunciado que extraigamos de una misma frase, puede ser ya otro.

Si habíamos dicho que el enunciado no oculta nunca ningún secreto, a pesar de que no es inmediatamente visible; si en el enunciado no se entienden las carencias o los blancos como significaciones ocultas aunque no por ello es perceptible a primera vista, es porque el enunciado, que es el que de alguna manera hace hablar, hace decir, está recubierto siempre por frases y proposiciones. Para llegar al enunciado se hace precisa una extracción que no lo confunda con aquello que lo recubre, al igual que no se confunde una cerámica de camares con la tierra bajo la que permanecía enterrada. Así, una misma frase, una misma proposición —o frases o proposiciones que parecen idénticas y que en ocasiones solo lo son en apariencia— puede remitir a diferentes enunciados; y también, un mismo enunciado puede recubrirse con distintas frases y proposiciones.

El trabajo del archivista en Foucault no se centra tanto en las palabras, las frases o las proposiciones, cuanto en la función que ejercen —sin decir con esto que Foucault esté próximo al estructuralismo—, a las funciones que se mueven en torno a núcleos de poder y resistencia. Como veremos algo más adelante, saber es también, de algún modo, poder. Antes de esto habrá que explicitar qué entiende Foucault por poder, y cómo el poder se relaciona con el saber, con esas dos formas de saber que son lo enunciable y lo visible. De lo enunciable hemos hablado, de lo visible, toca hablar ahora.

4 Deleuze, Gilles (2007). *Foucault*. Traducción al español de J. Vázquez Pérez. Barcelona:Paidós.

0:21:00

Desde luego, no viajarán a la Zona en tren. La Zona es un espacio prohibido, para acceder a ella hay de jugarse la vida, sortear a las fuerzas de seguridad, tener la suerte suficiente como para que ninguno de los disparos acierten en el blanco. De repente el género hace su presencia en el filme: una escena de persecución, pero no a través de grandes avenidas o carreteras, sino una persecución en círculos; porque el stalker y sus clientes giran dentro del todo terreno alrededor de esas estructuras que parecen almacenes o fábricas hasta que consiguen entrar en la Zona, donde una vez dentro nadie les seguirá. La ley y su brazo quedan extramuros de la zona. Este paisaje industrial que limita con la Zona es también un lugar donde impera la humedad y la herrumbre, al igual que en el cuarto del stalker.

Las prácticas del saber tienen dos lados: las formaciones discursivas o de enunciados y las formaciones no discursivas o de medios. Hay ver y hablar, lo visible y lo enunciable, un régimen de luz y un régimen de lenguaje. Ambos lados o regímenes no cesan de entrar en contacto, no cesan, como hemos dicho, de sugerirse, de insinuarse; aunque a fin de cuentas, no lo olvidemos, no exista entre ellos correspondencia ni presuposición recíproca. No hay una traducción de lo visible en lo enunciable, ni una representación de lo enunciable en lo visible. Téngase esto en cuenta a cada paso durante este juego que estamos proponiendo entre la Zona y el Afuera. Ni el Afuera traduce la Zona ni la Zona representa el Afuera.

Entre lo visible y lo enunciable existe una abertura, una disyunción, un no-lugar. No se trata de algo —al igual que no se trataba de algo con el Dasein de Heidegger—, sino de un “entre”.

Las superficies de visibilidad, designadas de forma negativa como formaciones no discursivas, no son reducibles a enunciados. Cualquier intento de decir algo sobre la Zona del *Stalker* de Tarkovski no conseguirá nunca clausurar o saturar la Zona. El trabajo del stalker está siempre comenzando de nuevo en cada repetición, y sus idas y venidas a la Zona y desde la Zona son trayectorias sin fin.

Por mucho que Foucault defienda que los enunciados tienen la primacía respecto a las visibilidades, esa primacía en ningún caso significa la reducción de lo visible a enunciado. Esa primacía del enunciado se ejerce sobre algo irreductible. Podríamos poner a

Foucault del lado de aquellos que defienden que primero se entiende y después se ve; que no es que veamos algo que luego comprendemos, sino que para ver, hay primero que comprender, o al menos trasladar cierto ver de ese ver hacia el lenguaje. Es el lenguaje el que permite ver, aunque ese ver nunca sea cerrado por el lenguaje. Para Foucault, “solo los enunciados hacen ver.” (Deleuze, 2004, p.95).⁵

Las visibilidades precisan también de su arqueología. Si los enunciados llamaban a la extracción de su significado, las visibilidades precisan de la extracción de las cosas. Al igual que los enunciados, las visibilidades no están tampoco ocultas, pero no por ello se encuentran de buenas a primeras a la vista. Si uno se limita a los objetos, a las cualidades sensibles y no a las condiciones que las abren, la visibilidad se torna invisible. Tampoco las visibilidades remiten a la manera de ver de un sujeto, sino que como en el caso de los enunciados, el sujeto es mero emplazamiento. No se trata ni de actos de un sujeto que ve ni de datos sensoriales. Una vez más, no se trata en ningún caso del *cogito*; ni lo visible ni lo enunciable remiten a un sujeto trascendental.

Lo visible es ser luz, sin que ello sea reducible a un medio físico. Se trata más de un poder sacar algo a la luz. Se trata de un régimen de luz. La regulación propia de las visibilidades, antes que contornos y colores, son líneas de luz que forman cuadros-descripciones.

5 Deleuze, Gilles (2007). *Foucault*. Traducción al español de J. Vázquez Pérez. Barcelona:Paidós.

0:26:00

El Escritor reconoce que todo eso de ir a la Zona en busca de la inspiración no es más que un cuento. «¿Cómo puedo conocer el nombre de lo que quiero?», se plantea.

Hemos llegado al lugar del que partimos. Como los personajes del filme de Tarkovski, nos encontramos en los preparativos previos a entrar en la Zona, en el Afuera. Tampoco nosotros, al igual que el Escritor en *Stalker*, podemos conocer el nombre de lo que queremos. No es que desconozcamos el nombre de eso que queremos, sino que no lo podemos conocer.

Hasta aquí las dos formas de saber. Ver y hablar, lo enunciable y lo visible. Por un lado las formas no discursivas de las visibilidades, que son líneas de luz que forman cuadros-descripciones; y por otro lado las formas discursivas, legibilidades, que son curvas que unen diversos puntos singulares y que forman enunciados. Sin perder nunca de vista que por mucha invitación o insinuación o sugerencias, en ningún caso hay nunca una forma común o una correspondencia inequívoca entre lo enunciable y lo visible. Tampoco se deben confundir aquellas cosas que enunciados y visibilidades ponen en marcha con esos mismos enunciados y visibilidades, no confundir la palabra o la frase o la proposición con el enunciado, y no confundir las cosas y los objetos físicos con la visibilidad, ya que enunciado y visibilidad son previas, ponen en marcha las palabras y las cosas. Y por último, ni visibilidad ni enunciado remiten a un yo primordial, ni a un *cogito* que las haga posibles, ni a un sujeto trascendental que las origine y las ponga en marcha. No es la posibilidad de hablar o de ver lo que hace posible enunciados y visibilidades.

Cerrado el primero de nuestros tramos, toca pasar a la cuestión ya anunciada del poder en Foucault.

0:33:23

El Stalker y los visitantes se suben a un moto riel o mono rail. A partir de ahí una de las secuencias más celebradas de la historia del cine. Una larga secuencia —donde no hay un solo diálogo y donde la cámara enfoca en primer plano las cabezas de los visitantes fortaleciendo la sensación de que el espectador viaja junto a ellos— que nos conducirá a la Zona. La entrada a la Zona se hace evidente para el espectador cuando la fotografía en sepia del filme da paso a una fotografía en color. Una vez en la Zona, el stalker envía de regreso el mono raíl. No hay transporte posible con el que regresar a la Zona. No hay para ir allí un billete de ida y vuelta. Por mucho que no queramos caer en una simbología precipitada, es difícil no ver en este poste a la entrada de la Zona la imagen de una cruz caída.



Conviene recordar que Foucault no considera el poder en su forma singular, sino siempre en

relación con otras fuerzas. No se trata, por tanto, de una concepción marxiana o burguesa del poder, no se trata del poder como poder del Estado, ni siquiera como poder como sinónimo de violencia en sentido amplio, ni poder como algo en esencia represivo o como algo que se posea como quien posee cierto objeto.

Más que desarrollar una tesis sobre el poder, Foucault pone en cuestión algunos de sus postulados básicos. Si el llamado “postulado de la propiedad” explica el poder como propiedad conquistada por la clase, Foucault replica que el poder no es en ningún caso una propiedad, sino una estrategia. No se trata de apropiación, sino de disposición. El poder no se posee, se ejerce. Otra cosa, que ya veremos, es cómo. Si el “postulado de localización” refiere a un poder de Estado, como un aparato institucional, Foucault invierte este argumento, ya que para él es al revés; es el Estado el que aparece como efecto del conjunto de engranajes que ponen en marcha las relaciones de poder (y no el “Poder”, ya que en singular, no hay tal). Por lo tanto, al poder como relaciones de poder, no se le puede localizar en lugar privilegiado alguno. Las relaciones de poder son locales, en el sentido de que nunca son globales; pero que las relaciones de poder sean locales no implica que sean localizables, ya que el poder es siempre difuso. Las instituciones son prácticas, mecanismos operatorios que no explican el poder; desempeñan una función reproductora y no productora. La institución puede contar con aparatos y reglas que organicen visibilidades y enunciados, pero la batalla entre ambos no se juega dentro de las instituciones sino, como veremos mas adelante, en el espacio del afuera. Si el “postulado de subordinación” expone el aparato del Estado subordinado a un modo de producción, al servicio de una determinada infraestructura, el microanálisis que propone Foucault se resiste en cambio a la imagen piramidal marxiana. No hay, para Foucault, una línea recta entre poder e infraestructura. Tampoco está de acuerdo Foucault con el “postulado de esencia”, en entender el poder como un atributo por el cual los dominantes lo ejercen sobre los dominados, sino que el poder carece de esencia, precisamente, al no ser atributo, algo ahí, a mano, para ser usado al modo de un instrumento o un arma, es relación. Cuando se habla de la “arbitrariedad del rey”, se observa que el poder no circula de arriba abajo, sino que se dispersa de forma no homogénea entre las fuerzas dominantes y las fuerzas dominadas cuando son los propios súbditos los apelan a esa “arbitrariedad”. Tampoco el “postulado de modalidad” es satisfactorio para Foucault. El poder no actúa a través de la violencia o de la ideología, o a través de la represión o del engaño. La violencia expresa el efecto de una fuerza sobre algo, y en ningún caso expresa el poder, que no es relación de fuerza sobre algo sino relación de fuerza con fuerza. Al igual que no se puede entender la voluntad de poder de Nietzsche desde un punto

de vista psicológico, desde el punto de vista de poder para dominar si más o para ejercer potestad sobre otros, sino como deseo de poder, deseo de desear —conviene fijar esta cuestión para cuando los visitantes de la Zona lleguen a la “habitación de los deseos”, a ese cuarto donde su deseo más recóndito ha de cumplirse—, el poder es, en Foucault, relación de poder, relación de fuerzas, de una fuerza con otra.

Aunque en principio suene chocante, el poder, más que reprimir produce realidad, más que ideologizar, produce verdad. Por supuesto, no se ha de entender que la realidad y la verdad son producidas por el poder como violencia, sino en todo caso, como las relaciones de poder como relaciones de fuerza; como tampoco hay que confundir la realidad con Lo Real ni la verdad con lo Universal. Si el poder produce realidad y produce verdad, este poder, esta realidad, al ser ambos productos de las relaciones de fuerza, no son nunca realidad y verdad universal para todo tiempo y espacio. Habría que decir, entonces, que no hay verdad ni realidad, sino realidades y verdades como puntos que salen a la luz por efecto de las relaciones de poder, que aparecen en esa batalla de fuerzas, que salen a luz en forma de enunciados y visibilidades; o mejor, que son las relaciones de fuerza las que extraen de lo enunciable y lo visible, las palabras y las cosas.

Por todo esto, Foucault propone sustituir el dualismo legalidad-ilegalidad por una correlación más sutil entre leyes e ilegalismos. La ley como gestión de los ilegalismos (Deleuze, 2004, p.55).⁶

Una vez vistas las dos formas del saber, teniendo en mente lo que hemos dicho —y también, por qué no, todo lo que hemos dejado sin decir— acerca de los enunciados y las visibilidades, y teniendo por otro lado en claro lo que queremos decir con la palabra poder dentro de este área a la que denominamos “Zona Foucault”, es hora de remitirnos a lo siguiente: “no existe relación de poder sin la constitución correlativa de un campo de saber, ni saber que no suponga poder. No hay modelo de verdad que no remita a un tipo de poder”. (Deleuze, Op. Cit. p. 65).

Queda claro entonces que eso que estamos llamando saber, lo enunciable y lo visible y la abertura entre uno y otro, no se da sin el poder, pero no poder entendiéndolo como atributo de clase o ideología dominante o violencia del más fuerte. Sería del todo ingenuo defender la idea de que el poder, así entendido, ha determinado siempre el saber, que lo ha determinado de forma completa, que lo ha saturado del todo. Esto no ha ocurrido nunca. Hay que entender que el saber es inseparable del poder entendido como relación entre fuerzas, y de ninguna otra manera.

6 Deleuze, Gilles (2007). *Foucault*. Traducción al español de J. Vázquez Pérez. Barcelona:Paidós.

0:37:44

El stalker dice: «Por fin, ya estamos en casa». Y lo primero que el stalker dice de esa casa es que se trata del lugar más silencioso del mundo. Los guiados por el stalker no muestran tanto entusiasmo; a simple vista, la Zona no parece un lugar diferente a cualquier otro.

El stalker habla de su predecesor o su maestro, un tal Puerco Espín, que terminó odiando la Zona. Advierte antes de desaparecer por unos instantes, que no se paseen; la Zona no es un lugar de paseo. El Profesor, ya a solas con el Escritor, le explica que el tal Puerco Espín se enriqueció de la noche a la mañana de una forma increíble, y que al cabo de una semana se colgó. Como si la historia de ese tal Puerco Espín tuviese algún paralelismo con la de Judas. Callan. Se escuchan aullidos provenientes del interior de la Zona.



Para comenzar a vislumbrar esta relación entre saber y poder, nos remitiremos a la cuestión del diagrama. El diagrama como nueva dimensión informal que no es ya un archivo auditivo o visual. Ya no se trata de clasificar y establecer una jerarquía de las palabras y de las cosas. El diagrama, como máquina abstracta que siendo muda y ciega —como le corresponde a toda máquina— hace ver y hablar. El diagrama afecta por igual a lo enunciable y a lo visible, ya que no distingue entre lo discursivo y lo no discursivo, al igual que ignora cualquier distinción entre contenido y expresión. El diagrama es inestable, fluente, no cesa de mezclar materias, de constituir mutaciones.⁷ El diagrama no representa un mundo

⁷ En este sentido, el diagrama se asemejaría más que a la Zona, a esa masa extraña que se observa en

preexistente, sino que produce un nuevo modelo de verdad. No hay que confundir diagrama con estructura, se trata de algo más flexible y transversal. Si hemos definido el poder como relación entre fuerzas, lo que hace el diagrama es exponer las relaciones de fuerzas que constituyen el poder. Se podría entender que supone un mapa del poder, siempre que se entienda poder como relaciones de fuerza, como el efecto de una fuerza sobre otra fuerza y no sobre algo. Y más que un mapa que lo cartografie todo, se debería entender el diagrama como una superposición de mapas. Entre un diagrama y otro se extraen nuevos mapas. El diagrama produce siempre nuevos mapas, nuevas superposiciones de fuerzas de poder, y a la vez, no hay diagrama saturado, no hay diagrama sin puntos libres o puntos de creatividad.

A fin de cuentas, el diagrama representa una función a la que hay que liberar de todo uso específico y de toda sustancia concreta (Deleuze, 2004, p.101).⁸ Un mismo diagrama se puede representar o definir de diferentes maneras, al igual que la arqueología de Foucault propone extraer las cosas de las visibilidades y las palabras de los enunciados, de los diagramas también hay algo que extraer; tampoco los diagramas, a pesar de no estar ocultos, aparecen de forma inmediata a la vista. El diagrama mezcla poder y saber, relaciones de formas con relaciones de fuerza. El poder, como se ha dicho, no es ya localizable, ni un atributo que se ejerza de arriba abajo, sino relaciones de fuerzas, estrategias anónimas que escapan a lo visible y a lo enunciable, que escapan, por tanto, al saber.

Para Foucault todo es práctica, y las prácticas del poder son irreducibles a las prácticas del saber. Se propone aquí una “microfísica” —que no minifísica— que demanda otro dominio, un nuevo tipo de relación donde las conexiones entre saber y poder son móviles y no localizables. Las ciencias humanas son inseparables del poder que las posibilitan, de esa relación entre fuerzas. Esto no quiere decir que el saber proceda de un determinado poder, sino que el saber supone siempre el diagrama de las fuerzas del que depende. De esto, la siguiente conclusión: “el conocimiento nunca remite a un sujeto que sería libre con relación a un diagrama de poder” (Ibid. p.104). “El poder ni ve ni habla, hace ver y hablar” (Ibid. p.111). Ver y hablar, el saber está inmerso siempre ya en relaciones de poder. Las relaciones de poder designan la otra cosa a la que remiten los enunciados y las visibilidades. Si el poder genera verdad, lo verdadero surge aquí como problema.

Las multiplicidades que abren los enunciados y las visibilidades, lo discursivo y lo

Solaris y que al igual que la llamada “habitación de los deseos” en *Stalker*, parece tener la propiedad de conseguir convertir los deseos en realidad. La diferencia entre la Zona y Solaris, es que en la Zona hay que entrar, mientras que en Solaris basta con acercarse y dejar que sea ella la que entre; y también, si el cuarto de la Zona cumple un deseo, el más importante, Solaris convierte en realidad todo aquello que se nos pase por la cabeza.

8 Deleuze, Gilles (2007). *Foucault*. Traducción al español de J. Vázquez Pérez. Barcelona:Paidós.

no discursivo, se abren a una tercera dimensión, a las multiplicidades de las relaciones de fuerza, del poder.

0:46:45

Cuando el stalker envía el moto raíl de vuelta, el Escritor pregunta: «¿Cómo regresaremos nosotros?». A lo que el stalker responde que de allí nadie regresa. —O como matizará hacia el final de esta primera parte; nadie regresa por la misma vía por la que entra—. Con la ayuda de trozos de tela anudada a tuercas que lanzan por delante, los visitantes van abriendo camino en la Zona. No están allí para pasear, tampoco para marcar un surco, sino para abrir camino mientras caminan. «La Zona exige que la respeten, de lo contrario castiga», avisa el stalker al Escritor cuando este se toma ciertas licencias con la naturaleza del lugar. El escritor, que no soporta una orden más del stalker, decide tomar su propio camino, su propio rumbo dentro de la Zona, hasta que escucha una voz que le dice «Deténgase. No se mueva».



Una voz que no ha sido pronunciada por ninguno de los tres hombres allí presentes. «Avanzar causa miedo, retroceder, vergüenza», es la explicación del Profesor, que atribuye la voz que ha detenido al Escritor, y que solo el Escritor y los espectadores han podido escuchar, a causas psicológicas. El stalker, harto de las discusiones entre ambos visitantes, dice que «la Zona es un sistema muy complejo. Con sus trampas, todas mortales. No sé qué pasa aquí cuando no hay ningún ser humano. Pero basta para que entren personas, para que todo se ponga en movimiento. Desaparecen las trampas viejas y aparecen nuevas. Lugares que eran seguros se hacen intransitables. El camino se pone fácil o complejo hasta lo imposible. Esto es la Zona. Quizás parezca caprichosa. Pero ella es tal y como la hace el estado de ánimo del ser humano. A veces, la gente ha tenido que regresar desde la mitad del camino. Hubo quienes perecieron en el umbral del mismo cuarto. Pero, todo lo que ocurre aquí, no depende de la Zona, sino de nosotros».

Si hemos afirmado que el poder, entendido como relación entre fuerzas y en ningún caso como ejercer una fuerza sobre algo, produce realidad y produce verdad, esto no significa que esta verdad se encuentre exenta de toda problematización. Muy al contrario, como la verdad está de alguna manera disponible a través de las relaciones de poder, es siempre problemática. “No hay modelo de verdad que no remita a un tipo de poder” (Deleuze, 2004, p. 65).⁹ O como se dice en otra parte acerca de los juegos de verdad: “la verdad es inseparable de un procedimiento que la establece” (Ibid. p.91) Las preguntas aquí ya no son qué me cabe conocer o qué me cabe esperar, sino ¿quién habla aquí?, ¿quién ve?

Como hemos afirmado en la sección anterior, las dos formas de saber, el ver y el hablar, lo enunciable y lo visible, lo discursivo y lo no discursivo, remiten a una tercera instancia que los coadapte —no que los traduzca o que convierta el uno en el otro, un enunciado en un cuadro o viceversa, porque, insistimos, no son homogéneos—, un lugar de enfrentamiento, si se quiere, un campo de batalla, que “las figuras visibles y los signos de la escritura se combinen, pero en otra dimensión que la de sus formas respectivas”. (Ibid. p.97).

Aquí, dos cuestiones, una: que si en principio parece que Foucault propone un dualismo en relación al saber, al recurrir el saber, sus dos formas, a una tercera instancia, no nos encontramos ante una propuesta de dualismo duro o clásico, sino ante un dualismo preparatorio que de alguna manera se disuelve en el espacio combinatorio de esa tercera instancia. Por otro lado: no convendría tampoco entender en clave platónica todo esto acerca de la no homogeneidad de las formas del saber, como si lo enunciable coincidiese con aquella esfera terrestre o sublunar y lo visible con aquella otra esfera celeste donde moraban los fundamentos universales e incorruptibles. Está claro que aquí no hay nada de esto. Se trata de pensar el entre, de pensar el “y” en el sentido existencial —que no existencialista— en que lo pensaba Heidegger. Foucault está intentando romper con esos dos lados que suponen la proposición y la lógica, la formalización y la interpretación. Está buscando una epistemología propia, que no sea ciencia al uso ni deudora de cualquier procedimiento positivista.

¿Cómo funciona la primacía del poder sobre el saber? Las dos formas del saber se constituyen en condiciones que corresponden a la relación de fuerzas. Como hemos dejado

9 Deleuze, Gilles (2007). *Foucault*. Traducción al español de J. Vázquez Pérez. Barcelona:Paidós.

en el aire en el punto anterior, al igual que hay que extraer las palabras y las cosas de lo enunciable y lo visible, hay también algo que extraer de los diagramas, que al igual que las dos formas de saber, no es de inmediato visible. Los estratos o las formaciones estratificadas le proporcionan una estabilidad, que de por sí no posee, al diagrama. El estrato estabiliza el diagrama, siempre cambiante, siempre fluyente; es como una instantánea de éste. La relación de fuerzas es un constante devenir que subyace a la historia; el diagrama es un no-lugar, es inaprensible, al igual que los enunciados eran anteriores a las frases y proposiciones, el diagrama posibilita la estratificación.

Cada formación histórica estratificada remite a un diagrama de fuerzas que es como su afuera. No hay que confundir el afuera con la exterioridad. El afuera concierne a la fuerza, a esa relación entre fuerzas que no se puede confundir con la historia de sus formas. El afuera —como la Zona en *Stalker*— es la otra cosa, aquello más lejano que es también infinitamente más próximo.

Si los dos elementos formales del saber, enunciados y visibilidades, encuentran acuerdos históricos —nunca universales— para la problemática de la verdad, es porque las fuerzas actúan en un espacio distinto del de las formas, en el espacio del afuera.

“Pensar se dirige a un afuera que no tiene forma” (Deleuze, 2004, p.116) ¹⁰ El diagrama procede del afuera, aunque el afuera no se confunda con ningún afuera. Pensar no es un ejercicio innato de una facultad, sino que debe ser adquirido. “El pensamiento del afuera es un pensamiento de la resistencia” (Ibid. p.119)

10 Deleuze, Gilles (2007). *Foucault*. Traducción al español de J. Vázquez Pérez. Barcelona:Paidós.

STALKER SEGUNDA PARTE

0:02:00

La segunda parte comienza con unos verso del Tao donde se dice que lo que se ha endurecido, no vence. Cuando los visitantes se impacientan, el stalker les recuerda que, aunque el camino más corto es siempre la línea recta, en la Zona no hay línea recta. En la Zona, el camino cambia constantemente, no hay un mismo camino por el que ir y por el que volver. En realidad, no hay un caminar hacia delante o hacia atrás, en ocasiones caminando hacia atrás se avanza y viceversa. No ha método que valga con la Zona. En la Zona solo se aclaran las cosas cuando se está dentro, cuando es ya tarde.

“Si el pensamiento procede del afuera y no cesa de mantenerse afuera, ¿cómo no iba a surgir adentro, como lo que el pensamiento no piensa si puede pensar? Lo impensado no está en el exterior, sino en el centro del pensamiento, como la imposibilidad de pensar que ahonda o dobla el afuera”. (Deleuze, 2004, p. 128).¹¹

No hay que confundir el afuera con el exterior o con las formas de exterioridad. El elemento informe de las fuerzas pertenecen y proceden del afuera, aquí el diagrama. El exterior es el medio de los agenciamientos concretos que actualizan las relaciones de fuerza, concretan sus posibilidades, aquí el diagrama toma una consistencia que de por sí no tiene. Lo exterior sigue siendo forma, no así el afuera.

Nos encontramos hasta ahora tres dimensiones:

Saber, como relaciones formadas y formalizadas en los estratos.

Poder, como relaciones de fuerza al nivel del diagrama.

Pensamiento, como relación absoluta con el afuera, que es también una no-relación; como aquello que es lo más alejado y a la vez lo más próximo.

El afuera no es un límite petrificado sino cambiante. Al igual que los tres visitantes a la Zona parece que cuanto más caminan más extienden su perímetro. La subjetivación se hace por plegamiento, no deja de ser un pliegue del afuera, lo cual, comporta una crítica radical a esa idea del *cogito* que desde sí mismo, desde dentro, conforma toda realidad

¹¹ Deleuze, Gilles (2007). *Foucault*. Traducción al español de J. Vázquez Pérez. Barcelona:Paidós.

exterior. Aquí, sería el afuera, el saber que depende del poder como relaciones de fuerza, lo que conforma por plegamiento el sujeto, que no sería ya una entidad esencial firme e idéntica, sino un sujeto que hay que recomenzar y reconstruir en cada caso.

La cuestión del afuera somete a la interioridad a una crítica radical. Si el pensamiento del afuera es un pensamiento de la resistencia, su núcleo es el sujeto, pero no un sujeto cartesiano, fijo, rígido, inmóvil, pétreo; no un sujeto-Dios que es el constituyente y referente último de toda realidad, sino un sujeto móvil, un sujeto-emplazamiento, un sujeto que no es esencia ni esencial, sino función derivada del enunciado, como función derivada del afuera, como una dimensión que no es ya ni saber ni poder. Si el sujeto se mueve en el mismo plano en el que se mueven las relaciones de fuerza que conforman el saber, entonces, el sujeto está también conformado por esas relaciones de fuerza, el sujeto se convierte así en objeto del saber. Si pretendemos un sujeto como núcleo de resistencia, que no se deje gobernar de cualquier manera o que al menos tome conciencia del poder que lo envuelve, de las relaciones de poder-saber que lo conforman, se hace necesario buscar ese sujeto en otro plano que no sea el del poder o el del saber, y ese no-lugar es el afuera. Para qué viajan sino los visitantes a la Zona si no es para esto, si no es para dejarse atrás a sí mismos, a ese sujeto que se les escapa, conformado en el ámbito de las relaciones de fuerza.

Cuando decimos sujeto decimos sujeción. El sujeto está encadenado al poder y a la identidad. El sujeto del afuera, el sujeto como núcleo de resistencia invoca su derecho a la diferencia y a la variación. Un sujeto que no sea siempre el mismo, que no sea siempre igual. Sujeto pero no preso, que no responda siempre a las mismas relaciones de fuerza petrificadas. Se trata de no constituirse como sujeto respondiendo a relaciones que han dejado de ser válidas, que ya no nos dicen nada, se trata de esquivar el sujeto-rutina. “Nos producimos como sujetos a partir de viejos modos que no corresponden a nuestros problemas” (Ibid. p.140).

La memoria aparece aquí como la figura fundamental de la relación consigo mismo. Pero no una memoria archivo, no una memoria que lo computa todo y todo lo mantiene a disposición a modo de instrumento. Se trata de una memoria que olvida, que constantemente se deja atrás para constantemente rehacerse. Olvido y memoria, el pliegue se confunde con su despliegue.

Nos encontramos, por lo tanto, ante tres ontologías —aunque históricas, ontologías que no establecen universales—. Saber, poder, y sí mismo. Si el saber, delimitado por sus dos formas, lo enunciable y lo visible, está determinado por el poder como relaciones de fuerza, de una fuerza contra otra fuerza, el sí mismo, el ser sí mismo, viene determinado por

el proceso de subjetivación.

Entre estos ámbitos u ontologías, las soluciones no son nunca universales o finales, no son nunca transportables a otros espacios u otras épocas, por mucho que los datos de un viejo problema se puedan reactivar en un problema nuevo, hay que buscar o fijar para cada momento sus compromisos, siempre eventuales.

0:11:41

Aparece un perro.



Otra vida animal aparte de los visitantes. —Más adelante aparecerán también aves—. El perro es testigo de una discusión entre el Escritor y el Profesor que no le interesa a nadie, y menos al stalker, que se duerme y la fotografía pasa de nuevo al sepia que mostraba el filme antes de entrar en la Zona. Se combina sepia y color, como si el perro fuese real o parte de un sueño o se encontrase a medio camino. Escritor y Profesor continúan su debate sobre técnica y arte. Al despertar, el stalker habla de la música: no se trata de significado sino de resonancia. «Al fin y al cabo, todo tiene su sentido. Sentido y motivo», dice el stalker mientras sus clientes le miran como colegas.

Ni pensamos ni somos pensados. Pensar se hace siempre en ese intersticio o disyunción entre el ver y el hablar, en esa abertura de la que ya hablábamos al comienzo de este texto. Por un lado lo visible, las imágenes de *Stalker* o las imágenes que pueden producir ciertas palabras, ciertos sonidos. Por otro lado las palabras, las frases, los diálogos de los actores, la voz en *off*, todo lo que aquí decimos, esas palabras que de alguna manera no hacen otra cosa que tapar o velar los enunciados. Y entre las cosas y las palabras, el pensar no se produce ni de un lado ni del otro, no se da ni entre las palabras ni en las cosas, sino en esa abertura o disyunción entre ambas. Pensar es siempre “pensar entre”. Pensar ahí, en el afuera; no como interioridad de un *cogito* cierto y claro sino como el plegamiento del afuera que forma un adentro.

Pensar es la emisión de singularidades. El universal es siempre posterior. Pensar no es ni algo innato ni algo que se adquiere a través de un entrenamiento, sino que procede del afuera, de lo más lejano y lo más próximo. El afuera como lo impensado del pensamiento es lo que constituye un espacio del adentro. La invención del sujeto deviene de lo impensando del pensar. Desde este punto de vista, pensar es plegar, doblar el afuera en un adentro coextensivo a él. No es el adentro lo que constituye lo exterior ni lo que conforma un afuera, sino que es ese adentro el que se constituye por un plegamiento del afuera. Pensar, como ir hacia la Zona, es ir hacia otros estratos, hacia otros encadenamientos, hacia otras redes.

La relación con el afuera —introducirse en la Zona— pone en cuestión la relación con las fuerzas establecidas y la relación consigo mismo. El compromiso es, en todo caso, con el pensar y con el afuera, y no con un determinado saber, con un determinado poder, con un determinado yo.

0:46:54

Cuando caminan siempre va uno delante, al que le toca en suerte. Como si hiciese falta alguien que vaya abriendo camino, desbrozando el terreno para que los demás pasen. Que el stalker oriente no significa que marche en primer lugar. Si el que va delante se asusta, abrirá el camino que no debe, se meterá por el lugar equivocado. En este instante del film que hemos marcado, se produce un momento digno de una película de Buñuel. Suena un teléfono, ahí tirado en el suelo, en mitad de una fábrica abandonada donde han llegado y el Escritor contesta al interlocutor que no se trata de una clínica. En ese instante, el Profesor marca unos dígitos y pide que le pongan con el laboratorio. Se jacta ante quien sea el que le haya contestado de haber encontrado lo que “ellos” han escondido. Parece que el bueno del Profesor ha viajado a la Zona con un motivo oculto. Por si fuese poco, una bombilla colgada del techo se enciende para apagarse de inmediato. Algo suena, algo se enciende, donde parecía que nada de eso podría ocurrir; una llamada, una luz. Y de repente, ha llegado el momento, se encuentran en el umbral, en el cuarto donde se cumplirá el deseo más importante de su vida, el deseo más secreto, el más sufrido. Solo tienen que entrar en la “habitación de los deseos”. Pero ninguno quiere. Han llegado hasta el umbral y no desean traspasarlo. No desean que se cumpla su deseo, desean seguir deseando. Además, quién sabe qué es lo que en realidad desea.

Foucault, Blanchot. El pensamiento del afuera, el poder del afuera. Si decimos el poder del afuera, no decimos poder en ese sentido de relación de fuerza, no decimos que el poder se mueva en el afuera, ya que si fuese así, el pensamiento no tendría su propio plano. En este caso utilizamos la palabra de una forma mucho más simple, con una connotación evidente, el poder del afuera es el que hace posible el pensamiento, un pensamiento como resistencia.

Si el filme de Tarkovski es pura visibilidad, los relatos de Blanchot son esos lugares sin lugar. Están repletos de cuartos sin localización, de lenguaje sin referencia, de habla sin rostro, de exhortaciones sin destinatario. Un filme de Tarkovski sobre una novela de Blanchot sería siempre un filme de Tarkovski y no una novela de Blanchot. Un texto de Blanchot sobre un filme de Tarkovski sería siempre un texto de Blanchot y no un filme de Tarkovski.

En Blanchot el yo se desparrama. “El yo que habla se fragmenta, se desparrama y se dispersa hasta desaparecer” (Foucault, 2004, p.10).¹² Aquí, el sujeto no es ya el responsable u origen de un discurso, sino un vacío donde el discurso se derrama, se desangra. La literatura no es interioridad, no es el espejo de una conciencia que la pone en marcha, la literatura es ya tránsito al afuera. El lenguaje es un escapista, huye de un previo modo de ser, del esqueleto de un discurso ya armado. Se trata del espacio neutro, de la desnudez del habla. En *El pensamiento del afuera* vemos cómo la aparición del lenguaje en su ser es incompatible con la concepción de un sujeto anclado en la identidad y la conciencia de sí. La escritura tacha al sujeto.

Se trata ya de un sujeto negligente, de un sujeto que pueda ser atraído por una llamada, de un sujeto que permita la invitación. Ser negligente; dejar que venga. Ser atraído; ir hacia. El encuentro del sujeto quizá a medio camino. Qué son los cantos de sirena sino pura llamada. Sujeto, entonces, como estar a la escucha, que obedece en el sentido del *obaudire* latino, que obedece a la llamada y a la invitación, que obedece a la atracción y a la negligencia.

Lo que seduce, al fin y al cabo, es siempre el vacío, la posibilidad. ¿Qué deseo eligen los visitantes a la Zona?, ¿qué es lo que piden una vez han llegado a la habitación de los deseos?, ¿cuál es a fin de cuentas nuestro deseo más profundo sino seguir deseando?

12 Foucault, Michel (2004). *El pensamiento del afuera*. Traducción al español de M. Arranz. Valencia: Pre-Textos.

1:00:00

El deseo del Profesor no era otro que volar la Zona. Para ello, ha traído consigo una bomba. Tiene miedo de que el lugar caiga en malas manos. Cómo no, Profesor, hay que hacer volar por los aires aquello que no se entiende, aquello que escapa a nuestra comprensión, aquello que revela las sombras de la razón. En una escena casi de patio de colegio, el stalker forcejea con el Profesor para quitarle la bomba con la que pretende destruir “toda esperanza”. Parece que para el stalker, la Zona es un lugar de esperanza, quizá de posibilidad. El Profesor manipula la bomba, no se sabe si la activará o no. El teléfono vuelve a sonar. El Profesor desactiva la bomba y la lanza al agua mientras pregunta «¿Qué sentido tiene venir hacia aquí?». Los tres hombres se sientan dándose las espaldas en círculo. La cámara se aleja. Lluve. Lluve dentro del edificio ruinoso. Lluvia a modo de telón.



El habla no piensa. El lenguaje no hace otra cosa que mostrar la inexistencia de aquello que designa (Mallarmé). Erosiones del *cogito*. Ni pensamos ni somos pensados, ni hablamos ni somos hablados por el lenguaje. El yo es un emplazamiento, pero ni fijo ni sujeto, sino móvil, variable, reinventable. Derecho a ser otro. Juegos de palabras y juegos de verdad; lo único que espera es el olvido, ni un paso más allá; la condena de muerte, *L'arrêt de mort*, es al mismo tiempo su suspensión.

Los tres gestos: leer, escribir, desaparecer.

“El lenguaje no es ni la verdad ni el tiempo, ni la eternidad ni el hombre, sino la forma siempre desecha del afuera; sirve para comunicar, o mejor aún deja ver el relámpago de su oscilación indefinida, el origen y la muerte”. (Foucault, 2004, p. 80).¹³

El lenguaje como goteo. Ya no se rumia, se murmura. La escritura de Blanchot es siempre, como Euridice, la promesa de un rostro.

13 Foucault, Michel (2004). *El pensamiento del afuera*. Traducción al español de M.Arranz. Valencia:Pre-Textos.

1:15:35

Vuelta al mundo “real”, a la imagen en sepia. Los tres ahí, en la taberna. Todo el camino de vuelta se ha suprimido mediante una elipsis. La mujer va a buscar al stalker a la taberna. (Como si todo hubiese transcurrido allí, como si no se hubiesen movido). Monita espera. Monita, la hija sin pies del stalker; víctima de alguna radiación o de la misma Zona. El perro también está allí, ha regresado también de la Zona.

La ficción literaria ha aprendido a no fiarse de aquel narrador omnisciente que lo sabía todo de todos, que se introducía en todas las cabezas y percibía todos los sentimientos de los personajes, que conocía el pasado y el presente en su totalidad. Ese narrador omnisciente que en la literatura actual que se tome en serio solo puede aparecer ya como ocurre en *La insoportable levedad del ser* de Milan Kundera, como narrador irónico o como ese narrador que muestra las cartas y saca a la luz las reglas del juego.

Quizá la escritura filosófica vaya algo rezagada a este respecto, quizá sigue tomándose a sí misma demasiado en serio, quizá necesita aún justificarse frente a otras formas de saber o de conocimiento. Aquí no caeremos en la tentación de ultimar una fábula o una parábola final, de cerrar un significado de la Zona o del Afuera. Si este texto pretende algo, algo que vaya más allá de su propia producción, de su mero inscribirse en la escritura que lo conforma, esa pretensión no va más allá de la invitación al viaje o al trayecto hacia esa Zona o ese Afuera que como hemos visto, constituyen el destino más lejano y por ello mismo la proximidad más próxima.

1:18:40

Cuando la cámara enfoca el perfil de Monita, la imagen es de nuevo en color. Como si Monita y la Zona tuviesen algún tipo de conexión. Como si esa niña sin pies estuviese relacionada con esa Zona que obliga a hacer camino, un trayecto nunca igual.

Erosiones del *cogito*.

¿Es Monita un sujeto?, ¿es esta niña que no tiene pies ni lenguaje un sujeto cartesiano? ¿Puede decir Monita aquello del “yo pienso”? El *cogito* moderno, lejos de establecer la primacía del yo, lejos de asegurar el yo como lo único claro y cierto, lo único que hace es convertir lo particular en universal. Como hemos visto en Foucault, el universal viene siempre después.

En su libro sobre la Ilustración,¹⁴ Foucault no plantea la cuestión de no ser gobernados, esa cuestión vital para Kant en la que el hombre debe hacerse mayor edad y gobernarse a sí mismo. Para Foucault, la pregunta se convierte en una afirmación, ¿cómo no ser gobernados? La cuestión no es no ser gobernados, ya que esto no es posible, o solo lo es desde el punto de vista del que entiende el yo como origen del saber y del lenguaje, desde el punto de vista que remite todo hablar y todo ver a un yo primero que lo pone en marcha, desde el punto de vista de considerar poder, no ya como relación, sino como atributo, desde el punto de vista de creer, decimos creer porque no deja de ser algo que roza la fe, en que el yo hace mundo. La cuestión, por tanto, no es la de no ser gobernados, sino la de no ser gobernados de cualquier manera, la de no ser gobernados creyendo que no somos gobernados. Si se entiende esta cuestión del gobierno, mucho de lo dicho se deja poner en claro en esta dirección, que por supuesto, es solo una de las posibles.

Gadamer ha insistido mucho sobre la cuestión del prejuicio, sobre no considerar el prejuicio y la precomprensión siempre como lastre negativo. El pre-juicio, como estar siendo ya siempre gobernado de una u otra forma, es consustancial al sujeto. Lo único que cabe, por tanto, para que ese sujeto no sea únicamente pura sujeción a formas dadas, en muchos casos impensadas, es advertir los prejuicios y las formas en la que estamos siendo

14 Foucault, Michel (2006). *Sobre la Ilustración*. Traducción al español de J. De la Higuera, E. Bello y A. Campillo. Madrid: Tecnos.

ya siempre gobernados. La Ilustración tienen también sus mitos, sus propios prejuicios en forma de razón absoluta e independiente, considerando que cuanto más autonomía de la razón, más verdad; defendiendo la idea de un yo claro que dispone de un pensamiento innato y de un lenguaje que exterioriza ese pensamiento.

Quizá solo se trata de esto al caminar hacia la Zona o el Afuera, hacerse cargo de las fuerzas que nos están gobernando, sujetando; y una vez dentro de ese espacio, de ese no-lugar, reivindicar un sujeto móvil, disperso; el derecho a ser diferentes emplazamientos del lenguaje y a desempeñar distintas funciones del lenguaje. Un sujeto que trace sus propias diagonales, que seleccione sus estratos y sus estrategias. Que haga todo esto como si todo esto fuese posible.

1:20:25

De nuevo en la casa del stalker, la fotografía vuelve al sepia inicial, al igual que el stalker vuelve al cuarto del que partió hacia la Zona. «Ellos tienen el órgano atrofiado», se queja el stalker. La mujer le dice que se tranquilice, que hay que tenerles lástima, que la culpa no es de ellos. «¿Acaso gente así puede creer en algo? Lo más terrible es que a nadie le hace falta esto. A nadie le hace falta este cuarto».

El habla no piensa.

Se escribe en ocasiones acerca de las afrentas al hombre, al sujeto. La afrenta cosmológica, la afrenta biológica, la afrenta psicoanalítica, la afrenta lingüística. Es como si el sujeto se aferrase al cetro y al trono que lo sitúan en el centro de todo, como si no se dejase convencer nunca por completo por esas fuerzas que intentan descentrarlo, colocarlo en los márgenes, como si el hecho que esas fuerzas le estén mostrando que no ocupa el centro del universo, que no es la especie elegida, que no piensa ni habla sino que en ocasiones parece que es pensado y hablado por la propia estructura del pensamiento y del lenguaje, como si ese sujeto anclado a sí mismo se resistiese, ya no a entrar en la Zona o en ir hacia el Afuera, sino incluso a contemplarlos, a tenerlos en cuenta. Ese sujeto anclado a su identidad como esencia, como evidencia clara e indubitable, se comporta como la figura del Profesor en *Stalker* cuyo único motivo para entrar en la Zona es hacer que vuele por los aires.

Foucault propone otra estrategia, otras prácticas para el cuidado del sí, para vérselas con el saber y las relaciones de fuerza. Ni hablamos ni somos hablados, ni pensamos ni somos pensados. Se trata, solo, de tener en cuenta que el sujeto no es algo fijo e inmóvil, sino que se rehace y se inventa a cada paso del trayecto, que el saber y la verdad son siempre problemáticos, que no se cierran nunca, que no se pueden cerrar. El adentro no deja de ser un pliegue del afuera.

Imaginemos una hoja en blanco. No se trata tanto de que el sujeto escriba sobre esa hoja, que la pueda rellenar de significado, cuanto que la hoja va formando pliegues, adentros de ese afuera que son los que constituyen la subjetividad.

El habla no piensa.

El yo no es otra cosa que un emplazamiento de fuerzas.

1:28:00

Perfil de Monita y fotografía en color. Lee un libro. Sentada junto a una mesa. Sobre la mesa tres vasos. Se escucha el pitido del tren, muy a lo lejos. Los vasos se mueven. El perro se inquieta. No puede ser la vibración del tren, demasiado lejos. Además, si fuese el tren todo temblaría, y en este caso son solo los vasos los que se deslizan sobre la mesa de mármol. Monita se concentra en los vasos. Uno de ellos cae de la mesa. No se rompe. Luego pasa el tren y los vasos que quedaron sobre la mesa vibran. No se mueven, no caminan, vibran. Monita, que no puede moverse a sí misma, mueve los objetos. Monita es la Zona. El stalker busca fuera lo que tiene dentro, busca un cuarto en el que ya habita.



BIBLIOGRAFÍA

- Blanchot**, Maurice (1976). *La amistad*. Traducción al español de J.A.Doval. Madrid:Trotta.
- Blanchot**, Maurice (2002). *La comunidad inconfesable*. Traducción al español de I. Herrera. Madrid:Arena.
- Blanchot**, Maurice (2002). *Thomas el oscuro*. Traducción al español de M. Arranz. Valencia:Pre-Textos.
- Blanchot**, Maurice (2002). *La sentencia de muerte*. Traducción al español de M. Arranz. Valencia:Pre-Textos.
- Blanchot**, Maurice (2005). *El libro por venir*. Traducción al español de C. de Peretti y E. Velasco. Madrid:Trotta.
- Blanchot**, Maurice (2007). *La parte del fuego*. Traducción al español de I. Herrera. Madrid:Arena.
- Blanchot**, Maurice (2008). *La conversación infinita*. Traducción al español de I. Herrera. Madrid:Arena.
- Deleuze**, Gilles (2007). *Foucault*. Traducción al español de J. Vázquez Pérez. Barcelona:Paidós.
- Dyer**, Geoff (2013). *Zona*. Traducción al español de C. Rodríguez. Barcelona:Mondadori.
- Foucault**, Michel (2004). *El pensamiento del afuera*. Traducción al español de M.Arranz. Valencia:Pre-Textos.
- Foucault**, Michel (2004). *Discurso y verdad en la antigua Grecia*. Traducción al español de F. Fuentes. Barcelona:Paidós.
- Foucault**, Michel (1996). *De lenguaje y literatura*. Traducción al español de I. Herrera. Barcelona:Paidós.
- Foucault**, Michel (2006). *Sobre la Ilustración*. Traducción al español de J. De la Higuera, E. Bello y A. Campillo. Madrid:Tecnos.
- Foucault**, Michel (2012). *Obras esenciales*. Barcelona:Paidós.
- Foucault**, Michel (1961). *Histoire de la folie à l'âge classique*. Paris:Gallimard.
- Foucault**, Michel (1963). *Naissance de la clinique*. France:P.U.F.
- Foucault**, Michel (1966). *Les mots et les choses*. Paris:Gallimard.
- Foucault**, Michel (1969). *L'archéologie du savoir*. Paris:Gallimard. (*La arqueología del saber*. Traducción al español de A. Garzón del Camino. Madrid:Siglo XXI).
- Foucault**, Michel (1971). *L'ordre du discours*. Paris:Gallimard. (*El orden del discurso*).

- Traducción al español de A. González. Barcelona:Tusquets).
- Foucault**, Michel (1975), *Surveiller et punir*. Paris:Gallimard.
- Foucault**, Michel (1976-1984). *Histoire de la sexualité*. Paris:Gallimard.
- Mengs**, Antonio (2004). *Stalker, de Andrei Tarkovski. La metáfora del camino*. Madrid:Rialp.
- Sauquillo**, Julián (2001). *Para leer a Foucault*. Madrid:Alianza.
- Segovia**, Carlos (2012). “Sobrevivir al texto que viene. Aproximación sin clausura a *L’arrêt de mort* de Blanchot”, en Revista Neutral, Madrid. <http://revistaneutral.wordpress.com/2012/02/02/sobrevivir-al-texto-que-viene-por-carlos-segovia/>
- Strathern**, Paul (2002). *Foucault*. Traducción al español de J.A.Padilla. Madrid:Siglo XXI.
- Tarkovski**, Andrei (2002). *Esculpir en el tiempo*. Traducción al español de E. Banús Madrid:Rialp.
- Tarkovski**, Andrei (2011). *Martirologio*. Diarios 1970-1986. Traducción al español de I. García Sala. Salamanca:Sígueme.
- Veyne**, Paul (2009). *Foucault. Pensamiento y vida*. Traducción al español de M.J.Furió. Barcelona:Paidós.
- Žižek**, Slavoj (2006). “Andrei Tarkovski, o la Cosa venida del espacio interior”, en *Lacrimae rerum*. Traducción al español de R. Vilá. Barcelona:Debate.

FILMOGRAFÍA

- Marker**, Chris (2000). *Un día en la vida de Andréi Arsénevich*.
- Tarkovski**, Andrei. (1956) *Los asesinos* (cortometraje).
- Tarkovski**, Andrei. (1959). *Hoy no habrá salida* (cortometraje).
- Tarkovski**, Andrei (1960). *La apisonadora y el violín*.
- Tarkovski**, Andrei. (1962) *La infancia de Iván*.
- Tarkovski**, Andrei. (1969) *Andréi Rublev*.
- Tarkovski**, Andrei.(1972) *Solaris*.
- Tarkovski**, Andrei.(1974) *Espejo*.
- Tarkovski**, Andrei.(1979) *Stalker*.

Tarkovski, Andrei.(1983) *Nostalgia*.

Tarkovski, Andrei (1983). *Tiempo de viaje* (documental).

Tarkovski, Andrei.(1986) *Sacrificio*.

Vigo, Julio-Agosto de 2013